

Cómo empezó el Movimiento Trabajador Católico

(Trabajador Católico de Houston, dic. de 2002)

.....
Marcos y Luisa Zwick

del Catholic Worker



Dorothy Day, cofundadora del Movimiento
Trabajador Católico

El movimiento del Trabajador Católico nació de la reunión de Peter Maurin y Dorothy Day en la fiesta de la Inmaculada Concepción el 8 de diciembre de 1932. Dorothy y Peter fundaron el movimiento y el periódico del *Trabajador Católico* en 1933 en la ciudad de Nueva York en medio de la gran depresión y con el objeto de implantar la renovación radical del catolicismo y el orden social. Las raíces de su movimiento eran tan profundas, y algunas tan antiguas, que como dijo Peter Maurin parecerían nuevas.

El movimiento tiene sus raíces en la filosofía del personalismo comunitario cristiano, los escritos y la vida de la Iglesia primitiva, los carismas de los fundadores de las grandes órdenes religiosas, los modelos de los santos, la teología del Cuerpo Místico de Cristo y el bien común, las encíclicas papales y el pensamiento de aquellos que buscaban las alternativas económicas al monopolio capitalista y al socialismo.

La filosofía del personalismo, expresada por escritores como Emmanuel Mounier y Nicolás Berdiaev, le dieron forma especial al movimiento. Mounier y Berdiaev hicieron énfasis en la tremenda dignidad de la persona humana, junto con una confirmación de la responsabilidad de cada persona para con los otros. Los personalistas franceses y los trabajadores católicos desafiaron la prioridad de la economía y el consumismo en la vida diaria, en lo que en esa época se llamaba el espíritu burgués, insistiendo frente a ello en la primacía de la espiritualidad y generosidad de vivir la fe. Como lo expresó Peter Maurin, el personalista es el que se ocupa de 'dar' más que de 'recibir'. La espiritualidad del movimiento del Trabajador Católico está basada en los Evangelios, en un profundo entendimiento de la libertad humana y en la responsabilidad personal de la vocación de cada persona, en reflejar su fe en las corrientes históricas contemporáneas de pensamiento, y en una unidad de fe, liturgia, contemplación y acción.

Aunque la perspectiva de los cristianos está siempre más allá del tiempo, el Señor no quiso que las cosas estuvieran tan difíciles para tantos aquí en la tierra. Peter y Dorothy querían presentar una visión renovada, una visión católica, donde los corazones y las mentes serían

EL TRABAJO

cambiados lo mismo que el orden social. Ellos y otros en los movimientos católicos de renacimiento y renovación antes del Segundo Concilio Vaticano, incluyendo al movimiento comunitario personalista francés, insistieron en empezar por una conversión del corazón. En el *Trabajador Católico* estas ideas de los Evangelios y de la rica tradición de la Iglesia no sólo eran estudiados, sino también vividos en una forma muy práctica y aun radical. Este acercamiento frecuentemente contrastaba con el de la cultura dominante, lo que ha hecho profético al movimiento.

La perspectiva que Peter le trajo a Dorothy, todavía una reciente conversa al catolicismo, era distinta de los acercamientos seculares que prometían utopías en esta vida basadas en un progreso humano sin Dios. Peter propuso un seguimiento radical de los Evangelios en un tiempo que él describió como caótico, cuando ninguna de las ideologías seculares reinantes daban esperanza para el futuro y donde siempre había en el ambiente preparativos para la guerra. Peter habló proféticamente de una nueva Edad Oscura en la que ahora estamos viviendo y propuso para el movimiento un programa con muchas de las características de los monjes que trajeron luz y el aprendizaje al mundo durante la Edad Oscura antigua. Ambos, Peter y Dorothy, habían visto que el crecimiento del industrialismo durante los siglos XIX y XX habían traído gran injusticia y violencia contra los trabajadores en una época en que los sindicatos eran ilegales y las leyes no protegían a los trabajadores. Ellos estaban conscientes del acercamiento penetrante y mecánico de la burocracia, en que la gente era vista como un número, más que como personas hechas a la imagen y semejanza de Dios, y en el resultante peligro del totalitarismo.

Dorothy, que había explorado anteriormente los métodos socialistas desde su interés radical por los pobres y se había decepcionado en los esfuerzos por la paz y contra la guerra durante la Primera Guerra Mundial, quedó convencida de la importancia y el poder de transformación del programa de Peter, todo en un marco de vida radicalmente en la tradición de la fe católica. El programa de Peter que se convirtió en el programa del *Trabajador Católico* significaba un periódico, casas de hospitalidad para servir a los pobres, discusiones de mesa redonda para la clarificación del pensamiento, la práctica de los Trabajos de Misericordia opuestos a los trabajos de la guerra, y el trabajo para crear un mejor orden social con énfasis en las economías locales más que en las grandes corporaciones.

El trabajo empezó en mayo de 1933 con la primera edición de 2.500 copias del periódico llamado *El Trabajador Católico*, que fue impreso por la prensa Paulista por

57 dólares. Dorothy inició el periódico con dos pequeños cheques que ella había recibido por artículos escritos para revistas católicas y el dinero que el padre paulista Joseph McSorley le había dado por algún trabajo bibliográfico que ella le había hecho.

El Trabajador Católico, basado en la no violencia y en el amor, fue presentado como una alternativa al comunista *Daily Worker*, que abogaba por la lucha violenta de clases. A muchos trabajadores de la época les parecía que las organizaciones comunistas que criticaban al capitalismo eran las únicas interesadas en su situación. Peter había querido llamar al periódico «El Radical Católico», pero Dorothy insistió en *El Trabajador Católico* por su interés en la situación de los trabajadores. Con el desempleo alcanzando al 25% de la clase trabajadora a los EEUU y al mundo en general, Peter y Dorothy sabían que tenía que haber alguna alternativa, no sólo al comunismo, sino también al sistema económico capitalista industrial que había dejado al orden social en semejante desarreglo. Las primeras ediciones del periódico pusieron en claro que la base para la alternativa que ellos presentaban era su fe, una fe cuya riqueza ellos querían presentar a los lectores en toda su plenitud, incluyendo la dimensión social.

Dorothy explicó el sentido de la palabra *Católico* del periódico en su autobiografía: «Muchas veces nos han preguntado por qué hablamos de los Trabajadores *Católicos* y por haber llamado así al periódico. Por supuesto que no era solamente porque nosotros, los editores del periódico, fuésemos católicos, sino también porque deseábamos influir a los católicos. Y reaccionamos constantemente a la acusación de que cuando se trataba de moral privada los católicos respondían bien, pero cuando se trataba de moral social o política, carecían a menudo de conciencia...».

Cuando salió la primera edición, Peter Maurin quedó muy sorprendido, porque *El Trabajador Católico* traía artículos escritos por otras personas, incluyendo a Dorothy Day. Habiendo esperado que sólo fuera un periódico para promulgar simplemente sus ideas y programas, él removió su nombre como editor, diciendo: «el periódico de todos es el periódico de nadie». Y continuó trabajando, aunque Peter estaba determinado a publicar sólo aquello que él firmara con su nombre.

En esa primera edición del periódico, sin embargo, Dorothy estaba presentando la filosofía de Peter. Ella respondió a la crítica de la religión por los socialistas y radicales como opio del pueblo: «La meta fundamental de todos los periódicos radicales es la conversión de todos sus lectores al radicalismo y al ateísmo. ¿Acaso no es posible ser radical y no ateo? ¿Acaso no es posible protestar,

exponer, quejarse y señalar los abusos y demandar las reformas sin desear derrocar a la religión?». Cien años después del nacimiento de Dorothy Day en la conferencia de su centenario, el Padre Michael Baxter reflexionó sobre el significado de estas palabras de introducción para el periódico y el movimiento mismo: «El poder de la Cruz movió a Dorothy Day más allá de la palidez de la vieja izquierda, donde la religión se veía solo como una parte de la superestructura ideológica que mantenía el funcionamiento del capitalismo». El comunismo era intelectualmente fascinante para muchos en los EEUU durante los años de 1930. La gran ironía en la vida de Dorothy Day es que, acusada de comunista, especialmente cuando a menudo apoyaba a los trabajadores, ella y Peter desde el inicio desarrollaron una alternativa para los católicos que, desesperados, se habían convertido al comunismo en medio de la gran depresión mundial.

Dorothy escribió en junio-julio de 1933 sobre la presencia de los trabajadores católicos en Union Square ese primero de mayo de 1933: «El primero de mayo la muchedumbre en Union Square se paró a contemplar no sólo los masivos desfiles, las estruendosas bandas y las variadas banderas rojas, sino también a los encabezados del *Trabajador Católico* expuesto y distribuido por todas partes. Los comunistas quedaron francamente conmovidos por su aparición, que refutaba su reclamo de que la Iglesia estaba interesada solamente en exprimir el dinero de la gente para enviarlo a Roma. Aún más sorprendente para ellos fue la revelación de que el catolicismo tiene un programa social definido por ayudar a los trabajadores». Los amigos y los voluntarios lo llevaron no sólo a Union Square y a las reuniones de los comunistas, sino a Wall Street, distribuyendo copias tras las charlas habidas ahí.

Fue Dorothy la que implantó el programa de Peter en un nivel práctico, y se iniciaron los Trabajos de Misericordia. Las casas de hospitalidad y las líneas para el pan y la sopa siguieron rápidamente. Al principio sólo estaban Dorothy, Peter y Juan, el hermano de Dorothy, pero pronto otros vinieron a unirse en el trabajo. Después empezaron las granjas.

A los tres o cuatro meses, la circulación del *Trabajador Católico* llegó a 25.000; al final del año era de 100.000, y para 1936 era de 150.000. El periódico se vendía por las

calles a un centavo por copia, las suscripciones masivas fueron desarrolladas en las escuelas católicas y las parroquias. Dorothy buscó activamente suscripciones masivas, muchas escuelas recibieron 500 copias, una escuela secundaria católica 3.000. Sin embargo, fue el acercamiento personalista del movimiento lo que atraía a muchos lectores: «A largo plazo, su expansión continuada fue debida a quienes, atraídos por su idea personalista, la soportaron con sus contribuciones y con el trabajo para obtener suscripciones. Un seminarista escribió a Dorothy Day para contarle su alegría al leer el periódico, e incluyó un pedido para 16 suscripciones. Un sacerdote envió 8.50 dólares que había recaudado de sus amigos y agregó que él mismo distribuiría *El Trabajador*. Otro sacerdote, tullido por artritis, envió 25 dólares, y sugirió que Dorothy Day «orase para que por lo menos no parasen la fabricación de la aspirina»...

«Somos llamados, tenemos una vocación, un talento, que depende de nosotros desarrollar. El mío, por ejemplo, escribió Dorothy, es escribir como periodista, solo debido al periódico. La gente lee acerca de nuestra forma de pensar y de vivir, y se nos viene a unir. Ellos vinieron a visitarnos y se quedaron. Las cosas solo suceden. Jesús dijo si tu prójimo está hambriento, o si tiene hambre, aliméntalo. Así es que nos dimos a alimentar a aquellos que venían. Nosotros no planeamos las líneas de pan. Ellas solo sucedieron. Lo mismo con el refugio a la gente. Lo mismo con la iniciación de las granjas. Nosotros escribimos estas cosas y quedan maravillosamente en el escrito. El Reino de Dios también suena maravilloso, pero tiene que suceder. Uno da su vida por llevarlo adelante. Y el amor en la práctica es una cosa áspera y temible comparada con el amor en sueños...».

En su caso, su vocación de escritora trajo la respuesta de gente necesitada y ella y Peter Maurin tomaron su decisión de responder. Ella tal vez consiguió mucho más de lo que se había propuesto. Como recordó en el *Trabajador Católico* de octubre de 1933, reflexionando sobre la libertad de no recibir salarios y la oportunidad de hacer Trabajos de Misericordia, «nuestras horas son de nueve de la mañana a once de la noche a menudo, y lamentamos no tener la capacidad de firmar un código acerca de las horas o los salarios».